

Presente y futuro del cristianismo en Europa

Juan Pablo García Maestro¹

Nuestra reflexión sobre Dios, nuestro quehacer teológico es *contextual*², está marcado por el lugar donde uno se encuentra. Hace ya varias décadas, los obispos y teólogos de América Latina se lamentaban de haber reflexionado la fe y vivido a espaldas de la problemática de sus gentes. De ahí que se cuestionaran cuáles eran los desafíos más importantes que tenía la Iglesia y el cristianismo en aquel Continente marcado por una pobreza extrema. Sin embargo, creo que este Continente ha sabido dar una respuesta lúcida en los últimos años a sus problemas a la luz de su fe en el Dios de Jesucristo, recordando, sobre todo, que el Cristianismo está llamado a optar por una espiritualidad de la vida en contra de una realidad dominada por la muerte, allí siempre demasiado temprana e injusta. Por aquellas latitudes, la pobreza se define como un morir antes de tiempo. Por el contrario, el Cristianismo y la Iglesia constituyen un imparable dinamismo vital en favor de la vida de los más pobres. Los frutos se han visto: el Cristianismo ha vuelto a vivir lo que los primeros cristianos experimentaron en los orígenes: la persecución y el martirio. Todo ello por asumir una opción clara por el Dios de la vida y no someterse a los ídolos de la muerte. No se trata de presentarse como la única alternativa al poder civil; ni tampoco de equiparar a la Iglesia con el Reino de Dios en su poder terreno.

Si en aquel Continente latinoamericano el reto para la teología es cómo pensar a Dios desde el reverso de la historia, es decir, desde los que no

¹ Religioso de la Orden de la Santísima Trinidad. Profesor de Teología Fundamental y de Eclesiología en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid y en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas San Pío X. Es vicario parroquial de la Parroquia de San Juan Bautista de la Concepción en el barrio de Aluche (Madrid).

² Envío al excelente análisis de Ignacio Cervera Conte, «La contextualización en el quehacer teológico», *Estudios Eclesiásticos*, 81, (2006), pp. 145-176.

cuentan, los excluidos, y, sobre todo, cómo hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente (Gustavo Gutiérrez), ¿cuál será el punto de partida que deberá afrontar la teología cristiana en la Europa actual y del futuro?³.

Será quizás el interrogante que ya se planteó el teólogo alemán Dietrich Bonhöffer en sus cartas desde el cautiverio: ¿cómo hablar de Dios a un mundo adulto? Quizás también habría que añadir muchos otros: ¿Por qué el hombre actual europeo vive como si Dios no existiera? ¿Es igual creer en Dios que no creer? ¿El hombre actual necesita ser salvado por Dios? ¿Tiene sentido la existencia? ¿Es Cristo una respuesta a los grandes interrogantes del hombre europeo? ¿Cómo hablar de Dios desde el inmigrante, el preso, el drogadicto y el que sufre el drama del paro?

¿De qué forma se están realizando el Cristianismo y la Iglesia en Europa? ¿Qué alternativas presentamos a esta sociedad? ¿Qué teología se hace desde Europa? ¿Es verdad que la secularización es ajena al evangelio? ¿Por qué la gente se va de la Iglesia? ¿Es Jesús buena noticia para nuestra sociedad? ¿Por qué la Iglesia se lamenta de que en la nueva Constitución no aparezca la palabra Dios o la religión cristiana?

Evidentemente, los padres de la nueva Europa fueron conscientes de que la cultura europea no se entiende sin las aportaciones del cristianismo. Pero hoy nuestro Continente vive en una sociedad multirreligiosa. El cristianismo y la Iglesia tienen que aprender a vivir en este *pluralismo religioso* y cultural si no quieren quedar aislados en un ghetto. La Europa actual hay que revitalizarla desde los valores del cristianismo, pero en diálogo y con las aportaciones de otras religiones, en mutua colaboración con ellas.

³ Ver B. Forte, «¿Adónde va a Teología en Europa?», Sociedad Argentina de Teología (SAT) (Ed.), El misterio de Cristo como paradigma teológico. XIX Semana Argentina de Teología en los 30 años de la SAT, Ed. San Benito, Buenos Aires, 2001, pp. 49-52. Forte señala tres prioridades fundamentales: 1) Una teología más fiel a la tierra, más histórica, capaz de situarse conscientemente en la tensión del tiempo penúltimo. 2) Una teología más fiel al cielo, más teológica, capaz de volver su mirada a la muerte y a las cosas últimas en el horizonte del primado absoluto de Dios. 3) Una teología que una estas dos fidelidades, poniéndose al servicio de la búsqueda de un nuevo consenso ético, es decir, que sea más éticamente responsable.

Creo que más que lamentarnos por la ausencia de Dios en la Constitución y del olvido del Cristianismo en nuestra cultura, es hora de que nos planteemos muy en serio no tanto si Dios y el cristianismo aparecen explicitados sobre el papel, sino más bien vivir desde el Dios que nos reveló Jesús.

Seguidamente, voy a presentar las alternativas que proponen algunos pensadores y teólogos contemporáneos, incluida la respuesta que ha dado el Papa Juan Pablo II en su exhortación *La Iglesia en Europa*. Al final, haré una reflexión personal de lo que considero que debería ser la aportación del cristianismo a la Europa que deseamos construir.

LA PROPUESTA DEL PAPA BENEDICTO XVI

El Papa Benedicto XVI en un discurso con motivo del Sínodo Extraordinario sobre Europa en enero de 1992⁴ (en ese tiempo, Cardenal J. Ratzinger), decía que la nueva evangelización requiere hablar en primer lugar de Dios, para poder hablar con verdad del hombre. Y recordaba cómo, al principio de su vida pública, Jesús resume la esencia de su evangelio: «Se ha cumplido el plazo, ya llega el reinado de Dios. Enmendáos y creed la buena nueva» (Mc 1, 15)⁵.

El Reinado de Dios es Dios mismo que viene a nuestro encuentro. Quien se olvida de Dios destruye la humanidad del hombre. Por eso, con San Ireneo, diremos que «si al hombre le faltara completamente Dios, el hombre cesaría de existir», introduciendo de esta manera la famosa declaración del humanismo cristiano a menudo citada, pero sólo a medias: «La gloria de Dios es el hombre vivo, pero la vida del hombre es ver a Dios» (*Adversus haereses*, IV 20, 7)⁶.

⁴ Este discurso está publicado en su obra *Ser cristiano en la era neopagana*, Ed. Encuentro, Madrid, 2008, 6ª ed., pp. 186-189.

⁵ *Ibid.*, pp. 186-187.

⁶ *Ibid.*, p. 187.

Señala además J. Ratzinger: «Si en la nueva evangelización tenemos que hablar en primer lugar de Dios para poder hablar con verdad del hombre, entonces hemos de hacer un examen de conciencia. Buena parte de nuestras catequesis y de nuestra predicación parece estar determinada por la convicción de que antes que nada se deben resolver los urgentes problemas económicos, sociales y políticos, para luego, con paz y tranquilidad, poder hablar también de Dios. De esta manera, se pervierte la verdad de las cosas: anunciamos una sabiduría nuestra y un reino humano, pero ocultamos la luz verdadera, de la que todo depende, tras el velo de nuestras ideas e iniciativas»⁷.

La Iglesia no fue creada para sí misma, sino que existe para ser el ojo mediante el cual la luz de Dios nos alcance; para ser la lengua que habla de Dios⁸.

La Iglesia se encuentra a sí misma si llama a los hombres al reino de Dios, haciéndoles pertenecer al Dios vivo. Por eso, no hay que temer hablar de la vida eterna del hombre. «Por miedo a que nos acusen de que al hablar de la vida eterna alejamos a los hombres de su compromiso con el mundo, nuestro anuncio ha sido a menudo demasiado tibio»⁹.

¿Qué tipo de reforma podría hacer de la Iglesia una compañía que valga la pena ser vivida?

No tenemos necesidad de una Iglesia más humana, sino de una Iglesia más divina; sólo entonces ella será verdaderamente humana.

La libertad, que esperamos con razón de la Iglesia y en la Iglesia, no se realiza por el hecho de que introduzcamos en ella el principio de la *mayoría*. El que domina es el Señor y por eso vale el principio de que «el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad» (2 Co 3, 17).

⁷ Ibidem.

⁸ Ibid., p. 188. El subrayado es nuestro.

⁹ Ibid., p. 189.

La Iglesia no existe para tenernos ocupados como cualquier otro tipo de asociación intramundana y para conservarse con vida ella misma; la Iglesia existe a fin de llegar a ser para todos nosotros la entrada en la vida eterna.

Una Iglesia que no tiene miedo de hablar del pecado y de la culpa; y ser consciente que es la primera necesitada de perdón, para llevar el perdón a los demás. La Iglesia no es la comunidad de los que no tienen necesidad del médico, sino la comunidad de los pecadores convertidos que viven de la gracia y del perdón, transmitiéndolos a su vez a otros. Todo esto en una cultura que vive bajo el olvido del pecado. Esta es, en síntesis, la posición de Papa Benedicto XVI.

LA PROPUESTA DEL TEÓLOGO OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL¹⁰

González de Cardedal, teólogo y profesor emérito de la Universidad Pontificia de Salamanca, nos describe así el momento por el que pasa Europa:

«Los fascismos desacreditaron para siempre las esperanzas de las derechas, y el estalinismo, con los marxismos adyacentes, han desacreditado para siempre las esperanzas de la izquierda. Ya nadie es inocente. Ya nadie puede reclamar tener las manos limpias y presentar ante los demás un proyecto moral que merezca la pena. Todos tienen que volver la mirada a la historia, preguntar por la verdad, acogerse a ella mediante la búsqueda científica, el sentido moral, la abertura religiosa y comenzar de nuevo».

Los tres grandes iniciadores de la nueva Europa tras la II Guerra Mundial, K. Adenauer, R. Schumann, A. de Gasperi, desde sus convicciones católicas, pensaron un proyecto en el que los valores supremos no fueran la raza, el poder o los nacionalismos, sino la convivencia de los pueblos, la aceptación de la diferencia y la abertura a horizontes del sentido último.

¹⁰ Aquí seguimos su obra *Dios, Hombres, Dios*, Ed. Cristiandad, Madrid, 2005, especialmente pp. 85-195.

Europa no se entiende sin su herencia cristiana. Robert Schumann, en su obra «Pour L'Europe» (1963), decía a las claras que el alma de Europa está en sus raíces cristianas.

El magistrado y vocal del Consejo General del Poder Judicial, José Luis Requero, sostiene que Europa se juega su futuro si es coherente con sus raíces. Señala que reconocer, por ejemplo, que las aportaciones de los teólogos de la Escuela de Salamanca son fundamentales en la doctrina de los derechos humanos y la dignidad humana: ¿es confesionalismo o supone simplemente afirmar una verdad histórica?

Así también —recuerda Requero— K. Adenauer en sus «Memorias» se preguntaba cómo se había llegado a esa situación de nazismo en Alemania, y hallaba la causa en un pueblo sin conciencia de su responsabilidad, acríptico. Para su reconstrucción era necesario educar a los jóvenes de nuestra futura Alemania para que fueran personas responsables políticamente, no se dejaran controlar ni guiar inconscientemente y tuvieran la voluntad y la habilidad de ordenarse responsablemente como hombres libres. Según Adenauer, esa educación debía basarse «sobre un espíritu cristiano y democrático y tenía que abrir a esta juventud la puerta, hasta ahora cerrada, de las convicciones y posturas humanas generalmente válidas».

Adenauer, cuando quiso reconstruir Alemania y crear la Comunidad Europea, miró ante todo las raíces cristianas del Continente.

El cristianismo es uno de los elementos constituyentes de esa alma europea. Reconocer esos orígenes y raíces cristianas no significa afirmar que sean las únicas, ni negar otros influjos, ni mucho menos reclamar para el futuro que el cristianismo sea la única pauta de orientación moral y religiosa para Europa. El ideal de la cristiandad, tal como de hecho se vivió, pertenece a una fase definitivamente agotada e irrepetible. Quien sueñe con ella, está pensando ya en algo en el fondo anticristiano para hoy, porque la nueva Europa tiene que integrar los valores de libertad de conciencia privada y pública, reconocida por el Vaticano II, cosa que en los momentos clásicos de aquella cristiandad no fue respetada.

Entonces, ¿el cristianismo es una fuente agotada?

Todo lo contrario. Justamente por la novedad de la situación histórica (nuevo encuentro entre las naciones de Occidente, reencuentro con la otra parte de Europa que es el Este, derrumbamiento de los países socialistas, nueva increencia, aparición de los nuevos pobres y de los grupos de inmigración procedentes de otros continentes) siente una nueva responsabilidad evangelizadora. Le obliga la historia y la conciencia de una misión perenne: la oferta a todos los hombres de un evangelio que es potencia de salvación y fuente de esperanza para la vida humana.

Pero tanto la Iglesia o el cristianismo como el laicismo y la increencia tienen los mismos desafíos en la hora actual. Todos estamos retados a nuevas tareas:

- a) La superación del déficit ético en el que nos encontramos.
- b) La desaparición de la verdad objetiva como si fuera contraria a la libertad subjetiva.
- c) La pérdida de la memoria que, al dejarnos sin pasado, nos vuelve ciegos ante el futuro.
- d) La animación, ante todo, de la cultura de la vida y no sucumbir ante los poderes de la muerte.

En este momento, la población musulmana en Europa se acerca a los 25 millones. Nada menos que Cioran ha afirmado que Notre-Dame será musulmana dentro de 25 años, para humillación de la «grandeur de la France». El velo de las niñas musulmanas en la escuela pone sobre el yunque de la verdad a todo el laicismo francés. En el encuentro, diálogo e integración con el islam tienen tanto Europa como el cristianismo su más grave problema pendiente. Y ese problema, en el fondo, es el de la integración entre trascendencia e historia, religión y cultura, secularidad necesaria y fe posible, fanatismo o libertad.

LA PROPUESTA DEL TEÓLOGO CHRISTIAN DUQUOC

Este teólogo dominico francés en una de sus obras¹¹ afirma con claridad «que el destino futuro del cristianismo dependerá de la manera en que la Iglesia sea capaz de liberarse de la nostalgia de la cristiandad y abrirse a una comprensión inédita de su papel en el mundo y en la historia»¹².

Nos toca no traicionar la fe procedente de Abrahán, de Moisés y de Jesús. Dar testimonio de la apertura de Dios, en su Cristo y en el Espíritu, a todos los seres humanos. Jesús permitió que fracasara el «mesianismo político» porque deseaba que los seres humanos fueran libres, y, en modo alguno, esclavos atiborrados e ingenuamente felices, gracias a una organización trascendente que administraría la sociedad sin que ésta aportara su participación imaginativa y arriesgada. La frustración de esperanzas legítimas, en unas condiciones de miseria generalmente mayoritarias, fue el precio a pagar para que la humanidad saliera de la infancia. Jesús desplazó las apuestas del mesianismo, no las abolió. En este sentido, el cristianismo es profético: se niega a ser cómplice de la ilusión, aunque, por infidelidad a su lógica, fue con frecuencia una de sus fuentes. Pero no se niega a ser el vector de una esperanza lúcida.

En el libro que analizamos, Duquoc realiza una doble constatación: por una parte, la considerable mutación que la conversión del Imperio romano produjo en la interpretación de la relación entre la fe y la sociedad política; por otra, la transformación, no menos importante, que provocó la desintegración de la cristiandad bajo el efecto de la Reforma y de la consiguiente emancipación social y cultural.

¿Ha agotado el cristianismo sus intuiciones creativas originarias? Algunos suscribirían gustosos el provocativo aforismo de Michel Tournier: «Es Dios quien dibuja la geografía, pero es el diablo quien escribe la historia».

¹¹ Ch. Duquoc, *Cristianismo: memoria para el futuro*, Sal Terrae, Santander, 2003.

¹² *Ibid.*, p. 88.

¿Tiene fundamento este pesimismo?

Duquoc responde así: «A mí me parece que no. En semejante enclaustramiento se abre una brecha. La renuncia del concilio Vaticano II a la pretensión secular de dominar la política, sin adoptar una actitud de desprecio o desinterés con respecto al ámbito público, sino, al contrario, con fe en la fuerza de la esperanza última para el mundo, despierta al reconocimiento de una conciencia cristiana e incita a la renovación de unas convicciones vigorosas y eficaces»¹³.

Para Duquoc, la fe no forma parte de una dinámica política. La finalidad de la fe no es convertir el mundo en un lugar soñado de justicia y de no-violencia, aunque puede contribuir a ello. Su finalidad es introducir a los hombres, mediante el don del Espíritu Santo, en el intercambio vital de Dios.

Y precisa el teólogo dominico: «Pero en relación con los que no comparten la convicción creyente, la autoridad no goza de ningún privilegio para clausurar un debate. El error de los responsables eclesiales es no haber evaluado adecuadamente a los oyentes modernos y haber actuado como si su autoridad hiciera las veces de la razón. Este modo de proceder ha sido percibido como arrogante, dañando la credibilidad del mensaje evangélico»¹⁴.

La fe no tiene necesidad alguna de una manipulación eclesial de la sociedad o de la política para fundamentar su credibilidad. La fe se convierte en un interrogante en cuanto deja fuera de su proyecto todo intento de dominación. Se trata de ejercer una confianza incondicional en un Dios que nos respeta lo bastante como para no imponernos un programa planificado de futuro. El Dios que se ha revelado como comunión trinitaria asume la incertidumbre de nuestra historia.

Las exigencias de la fe bíblica son del orden de la interrogación, de la relativización y de la no-programación. La cesura de la modernidad, paradóji-

¹³ Ibid., p. 130.

¹⁴ Ibid., p. 133.

camente, devuelve a la fe a su estatuto abrahámico, y al ser humano a su libertad creativa.

Y concluye Duquoc: «En el guijarro más ordinario está inscrita toda la historia del universo», ha escrito Hikarn Okuizumi. El futuro no está definido en la Biblia. La renuncia a la institución mesiánica de lo político no supone la renuncia a una esperanza para este mundo; lo que hace es abrir una interrogación provocadora, rechazando la idolatría del presente o la sumisión al destino cósmico o económico. La fe no nos dice en modo alguno lo que será de este mundo; sí nos revela, en la oscuridad, que Dios actúa en nuestro presente, y nos invita a que la historia sea, de una manera profana, una parábola del Reino que viene. El potente rumor del próximo deceso del cristianismo seguramente no es más que un rumor falso»¹⁵.

LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA «ECCLESIA EN EUROPA» DE JUAN PABLO II (29 de junio de 2003)

El Papa Juan Pablo II quiere destacar en este documento que Jesucristo sigue vivo en su Iglesia y es fuente de esperanza para Europa. En esta Exhortación, el punto de partida es una reflexión sobre el libro del Apocalipsis y su actualidad para la situación actual del cristianismo europeo.

El mayor reto para la Iglesia y el cristianismo en Europa es el saber «alcanzar de nuevo la capacidad de decidir sobre el futuro de Europa en un encuentro con la persona y el mensaje de Jesucristo» (n. 2). La Iglesia tiene la tarea urgente de aportar, de nuevo, a los hombres de Europa el anuncio liberador del Evangelio. Todo ello porque la situación en Europa está marcada por graves incertidumbres en el campo cultural, antropológico, ético y espiritual (n. 3).

¹⁵ *Ibid.*, p. 135.

La Iglesia se ha propuesto orientaciones útiles para que el rostro de Cristo sea cada vez más visible a través de un anuncio más eficaz, corroborado por un testimonio coherente.

Lo más crucial, en el Este como en el Oeste, es su creciente necesidad de esperanza que pueda dar sentido a la vida y a la historia, y permita caminar juntos. Todo esto partiendo del misterio de Cristo y del misterio trinitario. El Sínodo de los Obispos ha presentado de nuevo la figura de Jesús, que vive en su Iglesia y es revelador del Dios Amor, que es comunión de las tres Personas divinas.

La Exhortación toma como guía el libro del Apocalipsis, como más arriba hemos escrito. Este libro último del Nuevo Testamento, escrito por Juan, nos recuerda también hoy como ayer que «el que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (Ap. 2, 7). El Apocalipsis nos pone ante una palabra dirigida a las comunidades cristianas para que sepan interpretar y vivir su inserción en la historia, con sus interrogantes y sus penas, a la luz de la victoria definitiva del Cordero inmolado y resucitado. Al mismo tiempo, nos hallamos ante una palabra que compromete a vivir abandonando la insistente tentación de construir la ciudad de los hombres prescindiendo de Dios o contra Él. En efecto, si esto llegara a suceder, sería la convivencia humana misma la que, antes o después, experimentaría una derrota irremediable (n. 5). Pero el libro del Apocalipsis es una llamada a la esperanza puesto que en Cristo hemos vivido la victoria definitiva contra el mal.

El Papa señala que para muchos la globalización que se está produciendo, en vez de llevar a una mayor unidad del género humano, amenaza con seguir una lógica que margina a los más débiles y aumenta el número de los pobres de la tierra. (n. 8)

«En la raíz de la pérdida de la esperanza está el intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo». (n. 9)

«La Iglesia se presenta al principio del tercer milenio con el mismo anuncio de siempre, que es su único tesoro: Jesucristo es el Señor; en Él, y en ningún otro, podemos salvarnos. (Hch 4, 12)

«Para los creyentes, Jesucristo es la esperanza de toda persona, porque da la vida eterna. Él es la Palabra de vida» (1 Jn 1,1), venido al mundo para que los hombres ‘tengan la vida y la tengan en abundancia’ (Jn 10, 10). Así nos enseña cómo el verdadero sentido de la vida del hombre no queda encerrado en el horizonte mundano sino que se abre a la eternidad». (n. 21)

El Papa llama la atención contra el peligro de activismo, olvidando la vida interior y la vida litúrgica: «En un contexto en el que la tentación del activismo llega fácilmente también al ámbito pastoral, se pide a los cristianos en Europa que sigan siendo transparencia real del Resucitado, viviendo en íntima comunión con Él. Hacen falta comunidades que, contemplando e imitando a la Virgen María, figura y modelo de la Iglesia en la fe y en la santidad, cuiden el sentido de la vida litúrgica y de la vida interior». (n. 27)

¿Qué puede aportar la Vida Religiosa?

El Papa recuerda que Europa necesita siempre la santidad, la profecía, la actividad evangelizadora y de servicio de las personas consagradas. Actualmente pueden aportar a la cultura y religiosidad europea el reconocimiento de la supremacía absoluta de Dios, que los consagrados viven con su entrega total y con la conversión permanente de una existencia ofrecida como auténtico culto espiritual. Y, a su vez, dar testimonio de la dimensión trascendente de la existencia (en medio de tanto hedonismo y consumismo).

La presencia de nuevas formas de pobreza y marginación debe suscitar en los religiosos la creatividad en la atención de los más necesitados.

Por fin, la tendencia de la sociedad europea a encerrarse en sí misma se debe contrarrestar con la disponibilidad de las personas consagradas a continuar la obra de evangelización en otros continentes, a pesar de la disminución numérica que se observa en algunos Institutos.

¿Cuál es la misión de los laicos? (n. 41)

Están llamados a dar testimonio de que la fe cristiana es la única respuesta completa a los interrogantes que la vida plantea a todo hombre y a cada sociedad, y deben insertar en el mundo los valores del Reino de Dios, promesa y garantía de una esperanza que no defrauda. Es de capital importancia suscitar y apoyar vocaciones específicas al servicio del bien común: personas que, a ejemplo y con el estilo de los que se ha llamado «padres de Europa», sepan ser artífices de la sociedad europea del porvenir, fundándola en las bases sólidas del espíritu.

Para ello se necesitan programas pedagógicos que capaciten a los fieles laicos a proyectar la fe sobre las realidades temporales. Tales programas, basados en un aprendizaje serio de vida eclesial, particularmente en el estudio de la doctrina social, han de proporcionarles no solamente doctrina y estímulo, sino también una orientación espiritual adecuada que anime el compromiso vivido como auténtico camino de santidad.

Iglesia en Europa, te espera la tarea de la nueva evangelización! Recobra el entusiasmo del anuncio

El Papa recuerda que en varias partes de Europa se necesita un primer anuncio del Evangelio y que «se necesita una verdadera y auténtica misión ad gentes». (n. 46)

Además, por doquier es necesario un nuevo anuncio incluso a los bautizados. Muchos europeos contemporáneos creen saber qué es el cristianismo, pero realmente no lo conocen. Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera.

«Un desafío espera a Europa que consiste no tanto en bautizar a los nuevos convertidos, sino en guiar a los bautizados a convertirse a Cristo y a su Evangelio: nuestras comunidades tendrían que preocu-

parse seriamente por llevar el Evangelio de la esperanza a los alejados de la fe o que se han apartado de la práctica cristiana». (n. 47)

«Para poder anunciar el Evangelio de la esperanza hace falta una sólida fidelidad al Evangelio mismo. Por eso, la predicación de la Iglesia en todas sus formas se ha de centrar siempre en la persona de Jesús y debe conducir cada vez más a Él. Es preciso vigilar que se le presente en su integridad: no sólo como modelo ético, sino ante todo como el Hijo de Dios, el Salvador único y necesario para todos, que vive y actúa en su Iglesia. Para que la esperanza sea verdadera e indestructible, la predicación íntegra, clara y renovada de Jesucristo resucitado, de la resurrección y de la vida eterna debe ser una prioridad en la acción pastoral de los próximos años». (n. 48)

«Necesitamos evangelizadores que den testimonio con su vida, que en ellos resplandezca la belleza del Evangelio. Tienen que ser formados adecuadamente. Hoy más que nunca se necesita una conciencia misionera en todo cristiano, comenzando por los obispos, presbíteros, diáconos, consagrados, catequistas y profesores de religión...».

Citando la «*Evangelii nuntiandi*» de Pablo VI, afirma: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio». Y a esto añade Juan Pablo II: «por consiguiente, hoy son decisivos los signos de la santidad: ésta es un requisito previo esencial para una auténtica evangelización capaz de dar de nuevo esperanza. Hacen falta testimonios fuertes, personales y comunitarios, de vida nueva en Cristo».

Los sacramentos y la Palabra se tienen que vivir en la vida diaria. Éste es uno de los retos más grandes que tiene la Iglesia en Europa al principio del nuevo milenio.

En el n. 50 el Papa Juan Pablo II nos recuerda que el anuncio del Evangelio de la esperanza comporta que se promueva el paso de una fe sustentada por

costumbres sociales, aunque sean apreciables, a una fe más personal y madura, iluminada y convencida.

Esta fe madura «se alcanza remitiéndose constantemente a la Palabra de Dios, custodiada en la Sagrada Escritura, proclamada en la liturgia e interpretada por la Tradición de la Iglesia, una catequesis orgánica y sistemática es sin duda alguna un instrumento esencial y primario para formar a los cristianos en una fe adulta». (n. 51)

En la línea que acabamos de resaltar, el Papa recuerda el papel importante de la teología. Pues hay una conexión intrínseca e inseparable entre la evangelización y la reflexión teológica, ya que ésta última, como ciencia con reglas y metodología propias, vive de la fe de la Iglesia y está al servicio de su misión.

La Iglesia —afirma el Papa— aprecia con gratitud la vocación de los teólogos, valora y promueve su trabajo. «A ellos les dirijo, con estima y afecto, una invitación a perseverar en el servicio que prestan, uniendo siempre investigación científica y oración, poniéndose en diálogo atento con la cultura contemporánea, adhiriéndose fielmente al Magisterio y colaborando con él en espíritu de comunión en la verdad y la caridad, respirando el sentus fidei del Pueblo y contribuyendo a alimentarlo». (n. 52)

El compromiso por la unidad de los cristianos

En esta hora en que se respira un cierto individualismo en nuestra cultura, se recuerda la importancia del sentido de comunión y unión entre las iglesias particulares (n. 53). Y, sobre todo, la importancia del *ecumenismo* entre las distintas confesiones, «pues evangelización y ecumenismo están indisolublemente vinculados entre sí». (n. 54)

Para ello, Juan Pablo II recuerda las palabras escritas por Pablo VI al Patriarca ecuménico Atenágoras: «Que el Espíritu Santo nos guíe por el camino de la reconciliación, para que la unidad de nuestras Iglesias llegue a ser un signo cada vez más luminoso de esperanza y de consuelo para toda la humanidad». (n. 54)

El diálogo interreligioso meta de la evangelización

El Papa señala también que la finalidad de la evangelización y de la misión es el diálogo interreligioso; pero se dialoga para dar a conocer a Cristo. «En el ejercicio de este diálogo no se trata de dejarse llevar por una mentalidad indiferentista, ampliamente difundida, desgraciadamente, también entre cristianos, enraizada a menudo en concepciones teológicas no correctas y marcada por un relativismo religioso que termina por pensar que una religión vale la otra». (n. 56)

También se recuerda lo importante que es una correcta relación con el Islam. Pide un conocimiento del Islam a los seminaristas, presbíteros y a todos los agentes de pastoral. Pero el Papa llama la atención sobre algo muy importante: «Es comprensible que la Iglesia, así como pide que las Instituciones europeas promuevan la libertad religiosa en Europa, reitere también que la reciprocidad en la garantía de la libertad religiosa se observe en países de tradición religiosa distinta, en los cuales los cristianos son minoría». (n. 57)

Amor preferencial por los pobres

El Papa pide a toda la Iglesia que tenga un amor preferencial a los pobres... (n. 86). Entre estos pobres señala los parados, los enfermos y el respeto a la naturaleza, o el problema ecológico. «No se ha de olvidar que, a veces, se hace un uso indebido de los bienes de la tierra». (n. 89)

El valor del matrimonio y de la familia

Esta Exhortación nos invita a proponer la verdad del matrimonio y de la familia. «Sois el fundamento de la sociedad y el santuario de la vida». (nn. 90 y 94)

Contra una mentalidad que promueve al aborto, la eutanasia «la Iglesia debe servir al Evangelio de la vida». (n. 94)

La acogida a los emigrantes

Se pide a la Iglesia la clara opción por los emigrantes y una justa acogida. En particular, no se debe olvidar una atención pastoral específica a la integración de los inmigrantes católicos. (nn. 100-103)

Que en la Iglesia de Europa se viva una caridad activa. Que sea la Iglesia de las bienaventuranzas, siempre en conformidad con Cristo (cfr Mt 5, 1-12). «Que libre de obstáculos y dependencias, sea pobre y amiga de los más pobres, acogedora de cada persona y atenta a toda forma, antigua o nueva de pobreza...». (n. 105)

Los valores centrales y fundamentales con que el cristianismo ha contribuido a la cultura europea son: la afirmación de la dignidad trascendente de la persona humana, el valor de la razón, de la libertad y el de la democracia... (n. 109)

«La Unión Europea no tendrá solidez si queda reducida sólo a la dimensión geográfica y económica, pues ha de consistir, ante todo, en una concordia sobre los valores, que se exprese en el derecho y en la vida». (n. 110)

Europa no puede encerrarse en su egoísmo. Decir Europa es lo mismo que decir apertura. Europa se ha construido yendo más allá de los mares, al encuentro con otros pueblos... (n. 111)

María como estrella del nuevo milenio

María que ha dado a luz a Aquel que ha vencido al mal, nos acompaña también como en el inicio de la Iglesia naciente en este inicio del nuevo milenio, sabiendo que ella nos ha precedido lo que un día seremos, en nuestro definitivo encuentro con el Dios trino. (nn. 122-125)

ALGUNAS APORTACIONES PERSONALES

Deseo concluir este análisis sobre cómo tiene que ser el cristianismo y la Iglesia en Europa con unas puntualizaciones que formulo a título personal.

Hace más de treinta años el teólogo jesuita alemán Karl Rahner decía que el cristiano del futuro o será místico o no será¹⁶. Más recientemente, desde América Latina, el obispo Pedro Casaldáliga, ha dicho que el «cristiano del futuro será pobre, o solidario con los pobres, o no será».

Pues bien, sostengo que el cristianismo de este nuevo milenio deberá caminar en Europa en estas dos vertientes, que me gustaría resumir en el concepto de mística de la misericordia. El cristianismo auténtico vive desde una experiencia de Dios que le lleva a hacer una clara opción, no sólo preferencial sino incluso obligatoria, por las víctimas que son todos los excluidos, los presos, los parados, los inmigrantes..., aquellos que no encuentran sentido a la existencia.

Recuperar su herencia cristiana exige a la Iglesia europea conocer y no ignorar el legado de sus santos y mártires. No basta con decir que Europa no debe olvidar sus raíces, sino que se debe tomar muy en serio el estilo de vida de santos como San Benito (patrono de Europa), que supo decir con su vida que el cristianismo es capaz de dialogar con la cultura; o Santo Domingo de Guzmán y San Francisco de Asís que dieron una respuesta al drama del error y la ignorancia y al ansia de dinero, optando por una vida pobre y mendicante y, a la vez, por una buena formación para combatir los errores de las herejías albigenses y de los cátaros. Hombres de la talla de San Juan de Mata y San Pedro Nolasco dieron una respuesta al drama más humillante del ser humano como es el de la esclavitud. O los grandes reformadores del siglo XVI, como los carmelitas Santa Teresa de Ávila, San Juan de la Cruz y el trinitario San Juan Bautista de la Concepción. Sin olvidar tampoco los grandes mártires como Tomás Becket, Dietrich Bonhöffer, Maximiliano Kolbe y Edith Stein.

¹⁶ K. Rahner, «Elemente der Spiritualität in der Kirche der Zukunft», Schriften zur Theologie, XIV, Benzinger Verlag, Einsiedeln, 1980, p. 375.

Tampoco sería bueno dilapidar la herencia que hemos recibido de la Ilustración, donde se nos ha ayudado a salir de un largo sueño o letargo dogmático para adentrarnos en la madurez del pensamiento, invitándonos a pensar por nosotros mismos. Con todo, esta madurez ilustrada debe impulsar también a salir de la modorra crónica de la cruel inhumanidad que nos atenaza. La razón no puede ser un absoluto, reducida a mera razón instrumental. La Europa heredera de la Ilustración debe optar por una razón compasiva, y por una «memoria compasiva», que no olvide a las víctimas del pasado y del presente.

En este sentido, Europa tiene que tomar muy en serio los datos que nos ofrece el Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo (PNUD) del año 2000. Los bienes y servicios están pésimamente distribuidos: el 20% más rico de la población mundial consume el 93% de todos los productos y servicios, mientras que el 20% más pobre consume tan sólo el 1,4%. Y el abismo entre unos y otros crece, en vez de reducirse. La diferencia entre el 20% más rico y el 20% más pobre del mundo pasó, del 30/1 en 1960, al 61/1 en 1991, y al 78/1 en 1999. Los 225 individuos más ricos del mundo, sesenta de los cuales son norteamericanos, poseen entre todos una fortuna valorada en más de mil billones de dólares, equivalente a la renta anual del 47% de la población más pobre del mundo. La consecuencia de esta injusticia, que clama al cielo, es que 850 millones de personas pasan hambre sistemáticamente y sobreviven en un clima de absoluta inseguridad alimentaria; y un tercio de dichas personas muere antes de cumplir los cuarenta años. La contradicción no es ya entre el este y el oeste, es decir, entre capitalismo y socialismo, sino entre el norte opulento y el sur miserable.

¿Cómo puede la Iglesia permanecer ajena a esta escalofriante situación? ¿Es inocente Europa de esta realidad? ¿Es nuestra opción por Jesús ajena a este escándalo? ¿Acaso no es Dios el símbolo lingüístico que empleamos para expresar la justicia, el amor, la participación, la comunión y la solidaridad? Dios sólo posee un sentido existencial si es el polo de referencia de la justicia, del amor y de la fraternidad humanos. Esto es algo que expresó admirablemente el teólogo Henri de Lubac:

«Si yo falto al Amor o si falto a la Justicia, me separo indefectiblemente de Ti, y mi culto no es sino idolatría. Para creer en Ti, debo creer en el Amor y en la Justicia, y vale mil veces más creer en esas cosas que pronunciar Tu nombre. Fuera de ella, es imposible que yo te encuentre jamás, y los que las toman por guías están en el camino que conduce a Ti»¹⁷.

Finalmente los poderes de este mundo controlan a pueblos y recursos, pero, además, quieren controlar las definiciones de las cosas importantes: qué es la calidad de vida, qué es la justicia, qué es el progreso. En el fondo, pecan de idolatría. Como dioscellos, quieren «poner nombre a todas las cosas». Quizá, lo que más quieren controlar es la definición de felicidad. Jesús de Nazaret dijo algo importante sobre ello: Si sois sencillos y misericordiosos, si tenéis los ojos y el corazón limpio, si trabajáis por la paz y tenéis hambre y sed de justicia, seréis felices. (cfr. Mt 5, 1-12)

Esta es una gran aportación que el cristianismo y la Iglesia pueden dar a la cultura europea en el presente y también en el futuro.

¹⁷ H. de Lubac, *Por los caminos de Dios*, Ediciones Encuentro, Madrid 1993, 83.